

revista gran Canaria de cultura

Contemporánea

Nº2 · AÑO 2006 · 3 €



■ Delfín Rodríguez

Cristóbal Guerra, artista y arquitecto de casas del agua y del aire

El Centro de Artes Plásticas del Cabildo de Gran Canaria presenta la muestra *Interiores Holandeses* el 20 de julio

A mediados de noviembre del año pasado, el 2005, conocí a Cristóbal Guerra, en Gáldar (Gran Canaria). De Gáldar, de Cristóbal, de la *casa de artista* de Antonio Padrón (1920-1968), sabía por mi amigo, y compañero de tantas cosas y complicidades, Antonio M. González. Antonio llevaba años hablándome de sus paisajes, de su Gáldar, de sus amigos, de ritos y mitos –propios del lugar, las Islas Canarias, y de los sueños de la tradición clásica y griega-, de aguas, luces y paisajes desnudos, de figuras legendarias que atravesaban lugares prodigiosos, de montañas y bosques sagrados y acantilados románticos y duros, entre lo real y la ensoñación, entre volcanes que están callados y como en espera y de la maravilla de los atardeceres en las orillas de su vida, mirando el infinito y el mar, sus aguas y soles, sus luces y lunas, como en un espejo, una obsesión no sólo académica o intelectual de mi amigo Antonio, sino vital y poética. Me hablaba también del pequeño y extraordinario jardín de la casa de artista de Antonio Padrón y del jardín y las vides, de las luces e interiores de la casa de artista que iba haciéndose poco a poco su amigo Cristóbal Guerra en La Vega de Gáldar.

Conocía la pintura de Cristóbal por los catálogos que Antonio me había enseñado a lo largo de los años. Cristóbal y su pintura eran como si los hubiera conocido de siempre, al menos desde que Antonio me hablara de ambos. Por fin, a mediados de noviembre del año pasado volamos juntos camino de Gáldar. Íbamos a dar sendas conferencias en la casa de artista de Antonio Padrón. Nos recibió Cristóbal en el aeropuerto de Las Palmas y viajamos en su coche hasta Gáldar. Los tres íbamos emocionados por mil motivos distintos: para mí era especialmente apasionante porque iba a conocer los lugares y los paisajes de Antonio, que tantas veces me había contado y narrado, y a sus amigos. Mi conferencia versa-

ba precisamente sobre “Casas de Artistas” e iba a darla en una casa de artista, la de Antonio Padrón: casa con jardín, un lujo del patrimonio cultural de Gáldar, de las Islas Canarias y de España. Debo decir que me sentí inmerecidamente atendido por todos. Vinieron, entre otros, los amigos de Antonio y luego cenamos algunos: poetas, escritores, artistas, editores, críticos e historiadores, de Franck González o Javier Cabrera a Antonio P. Martín o el propio Cristóbal, entre otros. Fue breve, pero estupendo. La conferencia sobre casas de artistas –una de mis obsesiones desde hace muchos años– iba, inconscientemente, identificándose con el lugar mismo en el que la daba, la Casa-Museo de Antonio Padrón, pero Cristóbal también la iba haciendo suya, es decir, que lo que yo podía decir de otros, resultaba que estaba muy próximo a cómo él vivía su casa y jardín-huerto de artista. Todo era fruto del azar, de la casualidad y era fantástico. Otra amiga y colega, Ángeles Alemán, tuvo la gentileza de parafrasear y hacer suya, en un texto magnífico, mi conferencia, mucho más imprecisa, en el número uno de la revista *Contemporánea*¹, que dirige Franck González. Franck, como Antonio, ha escrito mucho y brillantemente sobre la pintura de Cristóbal.

El día siguiente fue de relajo y de visitas a lugares inolvidables que no voy a describir ahora, aunque fueron emocionantes para mí, pero no puedo evitar recordar la comida, con Antonio, Cristóbal y César Ubierna, director de la Casa-Museo de Antonio Padrón, junto al mar de las horas y los sueños de Antonio. La tarde, después, fue un descubrimiento: conocí la casa de artista y la pintura y otros proyectos de Cristóbal, en La Vega de

¹Ángeles Alemán, “En torno a la Casa del Artista. Reflexiones acerca de una conferencia de Delfín Rodríguez en la Casa Museo Antonio Padrón”, en *Contemporánea. Revista grancanaria de cultura*, núm. 1, 2006, pp. 122-124.

Gáldar. Así, entre sus vides y emparrados², entre sus pinturas de interiores³ y nocturnas⁴, entre sus esculturas y algunos incipientes proyectos con mallas reticuladas, sólidas y transparentes, desmaterializadas y macizas por paradoja, pasó el atardecer y llegó la noche: su estudio, su taller, transparente y opaco, proporcionaba algunas señales para entender sus pinturas. La casa y el jardín, el huerto, las luces, el estudio, el agua, las obras iban descubriendo una especie de laberinto mítico, dedálico⁵, como si el destino de su casa de artista, de su autorretrato, estuviese mecido por esas tensiones, entre el minotauro y su ternura, entre luces y oscuridades, con pequeñas indicaciones para poder salir siempre del habitar en el laberinto de la creación convertido en espejo y casa del artista. Cuando el azul de la noche se enredó en transparencias luminosas y de silencios, como en muchas de sus pinturas, abandonamos su casa y me acompañaron a mi hospedaje, al lado del mar, en Agaete –allí miré las aguas del océano y los acantilados como si estuviera en una infinita y maravillosa soledad: casi me hubiera quedado para siempre observando absorto el mar, “enmarado”, como dijera Unamuno, pero sabiendo que era un mar de soledades y ritos, sin tiempo y sin mapa ni rosa de los vientos, como para extraviarse definitivamente en él⁶.

A la mañana siguiente debía volver a Madrid y coger un vuelo inmisericorde casi de madrugada. Cristóbal se comprometió, con una generosidad y complicidad que nunca podré olvidar, a llevarme al aeropuerto, lo que suponía una cita hacia las cuatro y media o las cinco de la mañana, y nos habíamos despedido hacia la una de la madrugada de esa misma noche! Él regresó a sus interiores de su casa-jardín-huerto de artista de La Vega de Gáldar, perforados de exterioridad, pero no debió dormir. Se puso a construir dos *collages* con temas radicalmente nuevos, o tal vez de siempre,

² En relación al tema del vino, las vides y la pintura de C. Guerra pueden verse, entre otros, los catálogos de las siguientes exposiciones: *A la luz del vino. Cristóbal Guerra. Octavio Colis*, Sala de Arte Tomare, Lanzarote, 2003 y *Cristóbal Guerra. In vino veritas*, Claustro. Galería de Arte, Segovia, 2005.

³ Véase, al respecto, el reciente volumen de Antonio M. González y Franck González, *Interiores holandeses. Cristóbal Guerra*, Gas Editions, Las Palmas de Gran Canaria, 2006.

⁴ Sobre estas pinturas nocturnas y azuladas de Cristóbal Guerra véase el catálogo de la exposición *La luz de la noche. Cristóbal Guerra. Gonzalo González. Pedro Zamorano*, Instituto Cervantes, Burdeos, 2003, con textos de Antonio M. González, Franck González, Francisco Jarauta y Carlos Pérez Reyes.



pero ahora había cosas nuevas, al menos así las percibí yo en ese momento y, posteriormente, él mismo me lo confirmaría.

A las cinco de la mañana me venía a recoger a Agaete para llevarme al aeropuerto de Las Palmas. Recuerdo que vimos un accidente: había llovido esa noche, ese rato de la noche, cuando él suele atrapar las ideas para sus obras, cuando en el silencio de la oscuridad imagina los interiores más luminosos o los azules más poéticos de lo nocturno, y los pinta con la luz de la noche más pura o con la del sol, pero un sol imaginado, propio de la memoria, o, como ahora, que los construye –interiores y exteriores- como un *collage*, aunque, en realidad, muchas de sus pinturas anteriores, especialmente sus *interiores*, siempre tuvieron algo de *collages pintados*, lo que

⁵ En relación a estos temas del laberinto, Dédalo, Teseo y el Minotauro en la pintura de C. Guerra, puede verse el catálogo de la exposición *Cristóbal Guerra*, Galería Saro León, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, con texto de Antonio M. González.

⁶ Se trata de un asunto, el de las relaciones entre las artes, la arquitectura y el mar y sus aguas que me ocupado intensamente, aunque un poco inconscientemente, en los últimos años y sobre ellos he escrito algunas pequeñas cosas y, entre otras, Delfín Rodríguez, “Fernando García Mercadal. La arquitectura y el mar”, en el catálogo de la exposición *Roma y la tradición de lo nuevo. Diez artistas en el Gianicolo (1923-1927)*, Academia de España, Roma, 2003, pp. 132-143 y, sobre todo, “Mar y vela”, en *Cuadernos del IVAM*, núm. 5, 2005, pp. 14-25, escrito inmediatamente después de mi visita a Gáldar. He vuelto, estos días pasados, en un largo ensayo, sobre el agua y el mar, esta vez a propósito de Pérez Villalta, en un texto para el catálogo de su exposición antológica que mañana, 31 de mayo, se inaugura en Sevilla, en las Salas de Caja San Fernando, con el título de “La certidumbre luminosa del número. Notas sobre las arquitecturas pintadas de Guillermo Pérez Villalta”.

Cristóbal Guerra
*Casa de aire
y agua I*

Cristóbal Guerra
Cruciforme IV



no deja ser otra sugerente paradoja plástica y visual, como un trampantojo. Porque, en realidad, Cristóbal Guerra es un pintor de las horas, de las luces de las horas, aunque juega al escondite con ellas, pintando de noche lo que el día le dejó en la memoria y al revés.

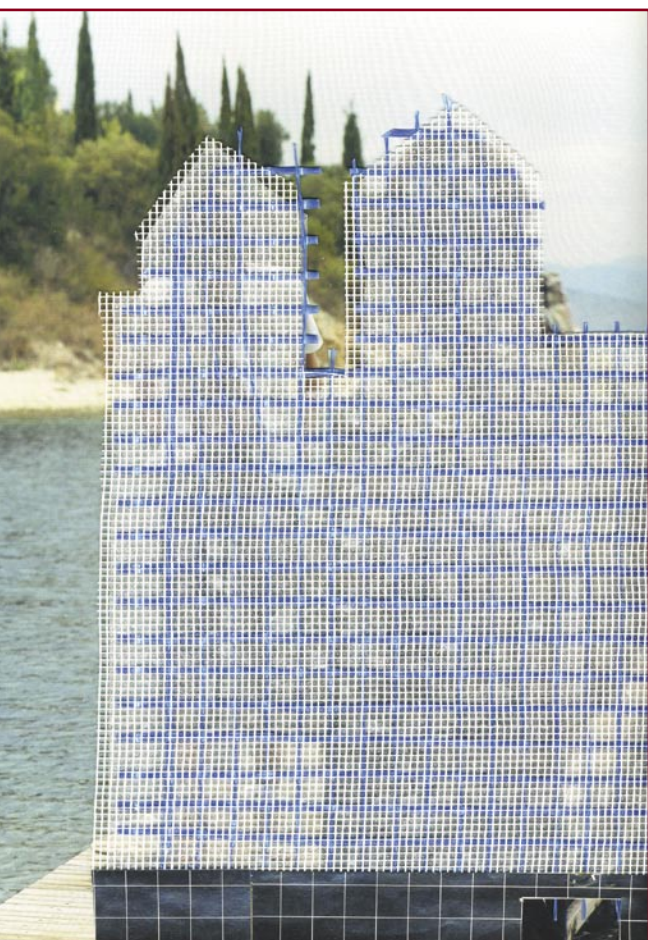
Antes de despedirnos, me confesó que había pasado ese rato de la noche construyendo dos *collages* que eran fruto de las ideas que habíamos compartido después de mi conferencia y de las charlas posteriores. No estaban firmados, como quien ofrece un secreto de laboratorio, como para conocer si tienen sentido, aunque sean fruto de la emoción, de la pasión y de las convicciones más íntimas, pero eran tan distintos a sus obras anteriores que él mismo parecía dudar. No sólo me emocioné y me interesaron inmediatamente, sino que recuerdo que le dije: “no me los dejes desnudos, fírmalos”. Y le expliqué que así hago con mis amigos que me regalan sus libros, los quiero suyos, con sus caligrafías, en las que están depositadas, según creo, una parte del peso de su vida, aunque sea sólo el de su mano al presionar el lápiz o lo que sea sobre el soporte, como los antiguos maestros del dibujo. Además, en esas caligrafías, queda algo como el trazo de una vida, una biografía, aunque sólo sean unas iniciales⁷. Cristóbal, a regañadientes, accedió. No era fácil hacerlo porque había usado un papel fotográfico

con motivos acuáticos ya dados, sobre los que situó sus *collages* de casas ¿de artista?, construidas con mallas y retículas y, en uno de ellos, con un aura de color, como una promesa sobre el agua. Al final lo hizo y yo me los traje a Madrid encantado, como la señal de un nuevo amigo que me hacía partícipe de mis/sus mismas preocupaciones y sensibilidades.

Mis recuerdos en Madrid los pude compartir después con Antonio, que me había llevado a conocer su Gáldar, sus emociones y sus paisajes y lugares del alma. Hablamos mucho de esos dos días que, para mí fueron inolvidables. Yo seguía pensando - aunque conocía, porque me las enseñó en su casa de La Vega, sus construcciones/maquetas/esculturas de mallas y rejillas de plástico, casi como casas-invernaderos de artista, exteriores e interiores a un tiempo- que Cristóbal había iniciado un discurso plástico y artístico paralelo a sus habituales preocupaciones, como quien necesita dar un cambio sin perder la ruta emprendida y consolidada en su obra anterior. No podía ser sólo una casualidad que en su último catálogo-libro, de comienzos de este año y ya recordado, aunque llevase el título de sus pintados *interiores holandeses*⁸, hubiera decidido poner como portada una imagen -un fragmento- de una de sus maquetas desmaterializadas, con rejillas y mallas de plástico, transparentes, sólidas, pero menos, y vacías, al tiempo, llenas de luz y tonos de sombras propias de la luz, pero no la de la memoria o la propia de atrapar las ideas durante la noche, sino una luz otra, entre transparente y tamizada de colores inesperados, mejor, de anuncios de colores.

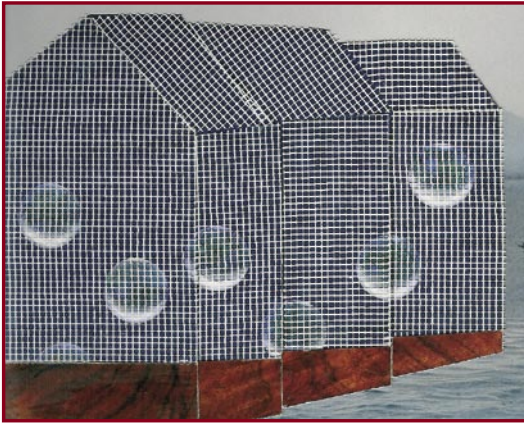
Unos días después, Antonio me daba una carta que le había enviado, para mí, su amiga y profesora de francés y también amiga y vecina de Antonio Padrón y de su casa de artista: la recuerdo como una mujer elegantísima y bellísima. Rosa María Martínón había asistido a mi conferencia y en su carta, fechada en Gáldar el 23 de noviembre de de 2005 -ocho días después de mi char-

Cristóbal Guerra
Casa de aire
y agua II



⁷ Sobre estos temas escribió maravillosamente el poeta José Ángel Valente, *Elogio del calígrafo. Ensayos sobre arte*, Barcelona, 2002. Recientemente, yo mismo me he traído al arte del dibujo algunas ideas de Valente, y de otros -de H. Damish a M. Scolari o H. Focillon-, en Delfín Rodríguez, “Trazos y líneas a la manera francesa. Algunas ideas a propósito de dibujos franceses del siglo XVII al XX”, en el catálogo de la exposición *Francia clásica y moderna. Dibujos. Colección Museo de Arte e Historia de Ginebra*, Fundación MAPFRE, Madrid, 2006, pp. 44-67.

⁸ *Interiores holandeses*. Cristóbal Guerra, op. cit.



Cristóbal Guerra
Casa del
artista-jardinero

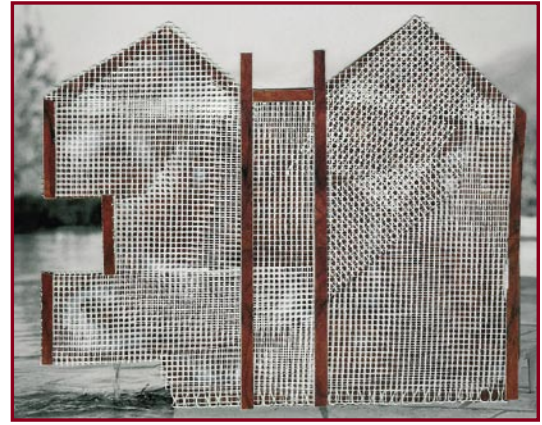
la- escribió cosas emocionantes para mí. Entre otras, me decía –e imagino que no le importará que sea indiscreto en este contexto- :

“Me encantaría decirle que cuando hablaba del artista y de su afán por subir alto, alto, para crear, estaba describiendo, sin conocerlo, el primer estudio de nuestro querido Antonio –se refiere a Antonio Padrón-. Cuando lo que hoy es –continúa en su preciosa carta- su “sancta sanctorum” aún no estaba edificado y era un rincón más de su sugestivo jardín, él subía a este ático y allí se entregaba a su pasión, la búsqueda del color que bullía en su mente y corazón.”

“Nos llamábamos –continúa- de azotea a azotea (esta foto está tomada desde la mía), y lo bello es, precisamente, lo que no se ve...él permanecía dentro y, al verme con la cámara, al momento abrió su ventana ¡qué días más bellos!”

“Con mi cariño y admiración –que es recíproco y, por mi parte, emocionado y profundamente agradecido- le ofrezco –sigue escribiendo maravillosamente y entiendo que se trata de un testimonio emocionante y extraordinario por tantos motivos que todos sabrán apreciar- esta instantánea del primer estudio de Antonio. ¡Cuánta verdad encierra aquel pensamiento, “cuanto más se eleva un hombre más pequeño le parece al que no sabe volar...!”.”

Sólo sé decir, gracias, por todo lo que esta carta significa y sé que nuestro común amigo Antonio –y Cristóbal también- comparte: él, que tantas veces y durante tantos años me ha hablado con admiración y enorme cariño de su profesora de música y amiga, R. M. Martinón. En las navidades pasadas, casi un poco más de un mes después de mi estancia en Gáldar, Cristóbal me en-



Cristóbal Guerra
Casa del
artista-insular

vió otros dos *collages*, realizados con una técnica similar de mallas y retículas de plástico, en forma de casas desmaterializadas, opacas y transparentes, sobre fotografías ya dadas de antemano. Los acompañaba una carta fechada en su casa de artista de La Vega de Gáldar el 22 de diciembre de 2005, en la que entre otras cosas, les ponía título (los primeros *collages* de noviembre no lo tenían, seguro que por razones que los dos sabíamos obvias). En esa carta, sin embargo, me decía: “te mando dos nuevas obras, fruto de las reflexiones de tu charla en Gáldar. Todavía suenan las palabras y las imágenes que compartimos esos días en las islas.”

Inmediatamente después me pedía algo que no he hecho y lo siento además, no lo voy a hacer-, porque para mí son un recuerdo muy personal e intenso, memoria de un viaje. Son como apuntes de lo que no escribí y Cristóbal hizo por mí, con aquellos dos *collages*. Además, aunque no me lo perdone, debo decir que son magníficos. De este modo, su carta continuaba de la siguiente forma: “Me gustaría que destruyeras las dos que te di en esos días, porque quizás, por ser las primeras, por la falta de tiempo, no tengo unas buenas imágenes y recuerdo de ellas. Estas dos recientes creo que están mejor.” Se equivoca Cristóbal, seguro, y son magníficas las cuatro: su confesión sólo habla de su maravilloso nivel de autoexigencia. Y como todos ya saben no las he destruido, por mil razones y todas pertinentes, según creo y estoy convencido. Además destruir y construir cosas, obras y arquitecturas, como morir de arquitectura, son una misma cosa que todos los artistas conocen desde el momento en el que deciden serlo.

“La verdad –continúa Cristóbal en la carta mencionada- que son las únicas que he realizado con esta técnica del collage alusivas a esta temática

*del hábitat o espacios de artistas*⁹. Sus títulos son “La casa del Artista Insular” y “La casa del Artista-Jardinero”. Es mi manera de agradecerle esas reflexiones que algunos de los que nos dedicamos a la creación llevamos tiempo tratando pero no encontramos interlocutores con igual pasión.”

Los dos primeros *collages*, sin título –aunque los dos sabíamos que iban de casas de artista metafóricas o soñadas-, realizados en la madrugada de aquél día de mediados de noviembre, anunciaban algo nuevo en la obra de Cristóbal Guerra. No sólo la técnica, el *collage*, sino la manera de construirlos tenían algo propio de arquitecto de casas de artista, de constructor de artificios poéticos. Los materiales usados ya eran de por sí sorprendentes y nuevos –aunque, todo sea dicho, relativamente-. Las imágenes resultantes eran inquietantes, entre serenas y misteriosas, entre al artificio y la naturaleza. Ambas tenían algunos elementos comunes, además de la técnica, que también es modo de expresión artística y simbólica: es decir, que el *collage* trabaja con materiales ya hechos, ya dados de antemano, como encontrados o buscados. La decisión del artista consiste en construir con ellos una revelación, algo inesperado, sueños, memorias, azares, artificios.

Otro elemento común a las dos obras sin título explícito era el tema: se trata de construcciones, de casas ¿de artista?, secretas y transparentes, sólidas y leves, realizadas con rejillas de plástico, incluso una de ellas con una trama propia de un papel cuadriculado que actúa como cimiento de la casa desmaterializada que sobre él se eleva, con dos torres con tejados a dos aguas. Es decir, se trata de arquitecturas de luz y del aire, destinadas a permanecer así, casi como una silueta que anuncia la huella de una especial manera de habitar, porque la transparencia que prometen en realidad no deja ver nada o todo, según se mire o se sepa ver. El otro elemento común es el agua. Y resulta extremadamente sorprendente que en la pintura y los motivos de la misma que hasta ahora había usado Cristóbal Guerra, el agua no hubiese parecido casi nunca. Los interiores de las casas –tan ricos y complejos, casi

especulares, como un autorretrato, aunque los denomine *holandeses*, aunque no por casualidad-, de sus casas de artista –incluido su temprano y magnífico aposentarse/apoderarse del *Laberinto del Minotauro* (pintado en 1985)-, los exteriores de casas, de artistas o no –como su maravillosa y luminosa serie de fragmentos de arquitecturas que rozan los cielos de principios de los años noventa, entre T. Jones, en el siglo XVIII, o Giorgio de Chirico-, los exteriores que iluminan su condición de jardinero artista, que es una forma de estar en el mundo, atado al mítico y legendario mundo del vino, a los emparados y sus luces azules o soleadas, a las tierras y los cielos, a las luces y el aire que perfora sus espacios, ya los había pintado. Pero el agua quedaba ausente por paradoja, por contradicción, tal vez por sabida, por ser definitivamente decisiva, incluso como soporte y cimiento marino de su habitar poético, de su idea de la casa del artista, un poco más allá de la de La Vega de Gáldar, en la que vive y pinta, siente y sueña.

En aquellos dos primeros *collages* sin título, y que él quisiera destruidos, ya hay dos casas distintas desmaterializadas. Una, que surge del papel fotográfico lleno de aguas, como un tumultuoso acontecimiento. Tiene algo de color añadido y se revela casi sin forma, como a la espera de la adecuada, de la que haga verosímil su condición de casa. La otra, parece navegar y ya tiene forma de tal, de arquitectura. Parece quieta, amarrada a un muelle y al fondo un paisaje de cipreses: está como en espera de algo. Es posible que estas casas de agua y aire aún no lo fueran de artista: sólo eran una premonición. Los otros dos *collages*, los de diciembre de ese año, ya saben lo que quieren ser: casas de artistas. El uno insular, el otro jardinero. Él mismo les puso el título. ¿Tendrán que ver con Cristóbal Guerra? ¿Qué anuncian? De momento, sin duda, a un constructor de sueños poéticos, a un arquitecto, a un artista, del agua y del aire. En medio, en la tierra, queda la otra obra de Cristóbal, pero estas cosas nuevas abren una cartografía distinta llena de promesas, como un nuevo Ulises que sabe que el deseo sólo puede vislumbrarse en el extravío, en el viajar sin mapas. Atrás parecen quedar Dédalo y Dioniso, aunque ya se sabe de sus terribles y seductores poderes.

⁹ Las cursivas son mías.